

Las memorias de Ludwik Margules

Angelina Muñiz-Huberman

► El 6 de abril de 2005, en el teatro El Galeón, participé en la presentación del libro *Ludwik Margules. Conversaciones con Rodolfo Obregón* (Ediciones El Milagro). Poco menos de un año después Ludwik ya no está con nosotros. Aquella noche pronuncié estas palabras que hoy repito como homenaje.

El libro que se presenta esta noche, *Ludwik Margules. Conversaciones con Rodolfo Obregón*, inaugura la colección de memorias de Ediciones el Milagro. Es un acierto mayor abrir de este modo la colección.

Un personaje amplio, conflictivo, enfrentado a las convenciones, trasgresor, innovador, revolucionario, decidido a seguir sus ideas contra viento y marea y a imponer su criterio, no podía haber sido mejor elegido como el iniciador. Un representante de las aguas revueltas y de las conciencias inquietas, de lo irreverente, de lo que no alcanza la paz ni la felicidad paradisiacas. De la interrogación constante y de la respuesta que no se halla. Un ser en perpetuo movimiento, en el tiempo y el espacio que se confunden, en la palabra de fuego y de hielo. En el hambre, en la tortura, en la náusea y el dolor. Inmerso en las pasiones y abismos no soterrados sino en precaria línea de flotación. Un sobreviviente que se nutre de sus tormentos y sus tormentas, que recoge las ruinas en el desamparo y la desolación.

Leer estas conversaciones, donde la pregunta se ha silenciado y no aparece el interlocutor, es un acto de contricción por parte de Rodolfo Obregón, a quien el lector agradece el paseo por el mundo vuelto del revés que se expone en sus palabras y en sus páginas. Y, sin embargo, su ausencia logra su presencia. Si ha dado paso al yo rebelde del memorioso ha sabido, cautelosamente, guardar distancia, mantener orden en el caos y darle

sentido a la locura de la creación. Su labor, como *deus ex machina*, ha sido providencial para salvar el fluir de la palabra oral que se pierde en vericuetos. Debí ser ardua la tarea de reconstrucción y de formalización final.

Como toda memoria es una historia de desmemorias y toda construcción se erige sobre escombros, hay un lado que permanece en la oscuridad. Y, como sabemos, la oscuridad es la promesa de la luz. Cuando Ludwik Margules creía que estaba viendo, no sabía que estaba siendo visto. Su lado oscuro no se reflejaba. El recuento de sus memorias no puede abarcar

los ojos de quien lo observaba sin él saberlo. Hasta ese momento llega mi más antiguo recuerdo. Lo veía caminando por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras, hacia finales de la década de 1950, y alguien me dijo que acababa de llegar de Polonia, pero nunca crucé palabra con él en aquel entonces. Años después, casado con Lydia Rodríguez-Hahn, se instaló enfrente del edificio

donde yo vivía, también recién casada con Alberto Huberman. Durante días, Lydia y yo coincidíamos en la calle, en la parada del autobús, en alguna tienda, sin que nos decidiéramos a hablar, ambas tímidas. Hasta que sucedió y empezamos a descubrir nuestras afinidades. Aparte de la timidez, éramos hijas del exilio español y compartíamos rasgos en común como orígenes judíos por línea materna y maridos también judíos. Más una especie de equis que daba como resultado que nuestros matrimonios combinaran ciencia y arte.

Pasaron otros años y Alberto y yo, que para nivelar nuestros presupuestos hacíamos traducciones, preparamos para Ludwik *Fiesta de cumpleaños de Harold Pinter*, y más adelante *Ricardo III de Shakespeare*. La última, hasta ahora, ha sido *Noche de reyes o como quieran*. También participé con Ludwik en la elaboración de un guión sobre Sor Juana Inés de la Cruz que nunca llegó a realizarse y que él mismo había



Alberto Durero, *Autorretrato desnudo*. Pluma y pincel en papel, ca. 1500

olvidado. A raíz de la presentación de *Manuscrito encontrado en Zaragoza* le dediqué un poema que apareció publicado en mi libro *El ojo de la creación*. Y a Lydia le dediqué una novela, *Dulcinea encantada*, que es una trasmutación de episodios de su vida como “niña de Rusia”, evacuada de la guerra civil española hacia la Unión Soviética.

A partir de 1970 y hasta la muerte de Lydia en 1998, los sábados fueron días proverbiales en que los Margules venían a nuestra casa después de haber comido con la madre de Ludwik. Para entonces nuestros hijos ya habían nacido y éramos un grupo animado. Con el tiempo, por los ensayos de Ludwik y los hijos crecidos y con sus propias actividades, nos quedamos reducidos a un trío. Pedíamos una pizza (ya que no soy dada a cocinar), Alberto preparaba una ensalada y de postre unas tablillas de chocolate combinadas con nueces que le encantaban a Lydia, más el imprescindible té, y en esto consistía nuestra exótica cena.

Las memorias van y vienen, encuentran su acomodo donde mejor caben y poseen un mecanismo asociativo. Como disciplina literaria han dado lugar a tratados o “artes de la memoria” cultivados desde la antigüedad clásica. Las memorias en cuanto género literario atraen o repugnan, son acto confesional, narcisista, histórico o inventivo. Una memoria hablada, conversada, es un acto confesional que se da en el tiempo para detener el tiempo. Es un acto contradictorio poblado de impedimentos. El primero es de orden púdico y las presentes memorias sólo se centraron en datos lo más objetivos posibles para dejar de lado la intimidad. El resultado,

más que memorias, es un tratado de dirección escénica en primera persona. A pesar de ello, como muy bien lo advierte Rodolfo Obregón, la subjetividad se trasluce, se adivina. Tal vez un arte que se objetiva sea puro narcisismo y como tal juegue con la muerte. De ahí que la muerte borde el tejido de la materia teatral. Muerte amenazante en el escenario, en la actuación, en el vacío conformado tras del silencio que es frontera con la palabra.

Actores, directores, escenógrafos, maestros, alumnos desfilan por el libro y reciben sus dosis de agradecimiento o reprensión según el caso. Cada puesta en escena, los largos días o, más bien, noches de

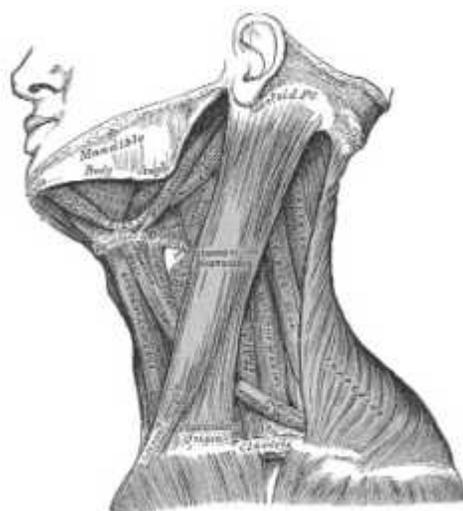


Ilustración 12. Henry Gray.
Anatomy of the Human Body. 1918

ensayo han sido analizados hasta el último detalle y de cada obra dirigida destaca el incidente en busca de su perfección. *El tío Vanía* o el divorcio entre lo que se dice y lo que se siente; *De la vida de las marionetas* con su carga de asfixia e inexorabilidad del destino; para pasar luego a *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, una especie de desahogo lúdico que, sin embargo, no desdeña su contenido filosófico y

hasta místico, igual que en *Jacques y su amo*; *Cuarteto* como la culminación de un teatro en términos del más riguroso ascetismo sensualista; *El camino rojo a Sabaiba* o el enfrentamiento de mito y su demolición; *Los justos* entre una imparable conmoción interna y un espacio reducido al mínimo que condena a la parálisis externa. Y todas las demás obras que podríamos seguir mencionando. Pero estas tres últimas son las que, en palabras de su director, equivalen a “la eliminación de la representación y de la puesta... a la idea de no representar sino de ser” (p. 187), y que alcanzan la depuración del contenido emocional

y del subtexto hacia una simbiosis absorbente entre obra, actor y espectador. Puestas memorables de Ludwik Margules que se erige en severo juez del mundo teatral.

Su trato con el entorno es devastador. Su primera exigencia ética es la de una entrega absoluta a la profesión. Su pasión despierta la conciencia vigilante que no descansa. Una disciplina en términos espartanos que no admite bajar la guardia en ningún momento. La actuación es “una militancia ante la cual la militancia eclesiástica o la militar resultan superficiales” (p. 160). Así, la crueldad y la

violencia, pero también la verdad, son el reino dominante en el que los sujetos que pasan la prueba tampoco alcanzan la paz. Y, a pesar de todo, Ludwik tiene su corte de fieles adoradores. En una visita reciente al hospital, su enfermera me lo decía: “Haga lo que haga se le quiere”. Es ésta la paradoja marguliana, que durará mientras dure la vida y aun más allá: en el centro de la acción, en la raíz de la complejidad humana. ~